



Frase Democracia y justicia

Buenos Días

Quisiera partir contextualizando el desafío manifiesto, que es tratar de sintetizar lo que creemos son los principios y fundamentos de una sociedad libre. Ciertamente mi deseo es no limitarme a elogiar las virtudes del Estado Subsidiario y del modelo económico que hemos adoptado, que sin lugar a dudas, nos ha permitido alcanzar importantes niveles de crecimiento, pero para mí éstos son medios y no fines en sí mismos. (ya me referiré más adelante a este tema con más precisión)

Considero que el concepto de libertad hay que abordarlo desde su ámbito filosófico hasta un contexto más terrenal y de orden político. Nosotros creemos en la libertad como expresión máxima del ser humano. No obstante, en nuestra historia cercana algunos han tratado de arrebatar estos valores y principios como bandera de lucha, poniéndonos a nosotros como representantes del lado oscuro de la fuerza. Pero no nos equivoquemos, es nuestro sector quien cree y defiende la libertad con todas sus implicancias. Y por esto tengo la convicción de que debemos analizar el concepto de libertad, valorando el Estado subsidiario, el modelo de libre mercado, las libertades individuales y, por sobre todo, debemos defender el sistema democrático y al ser humano con su capacidad de elegir, de emprender, de desarrollarse, formando parte de una sociedad justa y equitativa, que brinde igualdad de oportunidades a todos.

El sistema democrático que hemos escogido encarna estos valores fundamentales en que creemos. Así, nuestra democracia representativa debiese garantizar una cohesión social y la anhelada paz Sistema político que convierte la expresión popular en normas vinculantes para todos los sujetos políticos y para todos los poderes estatales, sin lugar a dudas el modelo a seguir como forma de organización social.

No puedo obviar un breve comentario, respecto de la implementación del voto voluntario y sus resultados. No se preocupen, no voy a hacer un análisis de ello, sólo quiero ratificar, desde un punto de vista teórico de la democracia, que ésta implica una incertidumbre en los resultados de los procesos electorales –que es lo que tuvimos-, pero también una certeza en los procedimientos y las reglas que la regulan. Lo que ha sucedido está en sintonía con un sistema democrático maduro, que evoluciona y no se encuentra estático como mucho de sus detractores pretenden hacernos creer.

La democracia es una manera de distribuir el poder dentro de la sociedad, dirime la disputa por el control político y transforma votos en escaños. En la medida en que los ciudadanos piensen y sientan que la democracia y sus reglas les permiten acceder o al menos moverse por la estructura social, alcanzando beneficios, se valida como forma de organización social y potencia una vía inclusiva de desarrollo, aumentando el compromiso cívico con el sistema.

En la actualidad, nuestra sociedad debe equilibrar al menos tres componentes esenciales: la gobernabilidad, entendida como orden; el progreso asociado al desarrollo y la justicia vinculada a la equidad. Dichas variables se encuentran en una permanente tensión y es necesario armonizarlas con habilidad, para conciliar las condiciones de gobernabilidad democrática, crecimiento sostenible y distribución equitativa del ingreso y, fundamentalmente, las oportunidades que permitan consolidar un sistema de movilidad social ascendente.

Pero cuando las instituciones no son percibidas como efectivas en la transmisión de las demandas ciudadanas a los responsables -pensemos en la función de los partidos políticos-, la ciudadanía se vuelca de manera inorgánica a las calles para manifestar su opinión en una protesta sostenida y se llega a la penosa sensación de un desborde institucional. Esta es la voz de alerta a la cual deben poner atención los líderes de las organizaciones, con el fin de indagar las causas de esta situación. Es necesario responder honestamente porqué la ciudadanía no se siente representada. ¿Será que hemos caído en una suerte de autocomplacencia, avalada por nuestros altos índices a nivel macro, minimizando la importancia de los serios problemas aún pendientes, que aluden a la calidad de vida y a la justicia social?

Este desencanto con las instituciones democráticas y sus procedimientos puede ser uno de los factores que ha contribuido a la emergencia de liderazgos populistas, aquellos que pasando por encima de los partidos o mediante la construcción de orgánicas particulares se hacen del poder político formal y sustituyen las tradicionales formaciones partidarias.

Esto vendría a ser una muestra clara de la desconfianza de las personas, fundamentalmente en las instituciones que deben representarlas y el surgimiento espurio de organizaciones que asoman de manera espontánea para cumplir con dicha labor, pero que no tienen la mirada inclusiva necesaria para lograr instalar una demanda desde la perspectiva del desarrollo social, ya que sólo contemplan el logro de objetivos puntuales y acotados a segmentos muy específicos de la población. Esta segmentación de demandas puede llevar a la sociedad a generar respuestas dependiendo de la presión que ejercen los grupos, dejando a los “sin voz” acorralados en un rincón olvidado lo que va en contra del ideal de cohesión social.

La pregunta natural que surge es ¿por qué hablar de democracia, representatividad, cohesión social e institucionalidad si lo que nos convoca son los principios y fundamentos de una sociedad libre. A mi juicio, son precisamente estos valores y principios los que se ven amenazados, cuando el diagnóstico o la mirada es parcial y contemplativa sobre ciertas realidades, que hoy son ineludibles.

La libertad, más allá de un mero concepto, es un valor propio de la naturaleza humana, que señala la capacidad de elegir responsablemente, sin presiones ni limitaciones, siguiendo nuestro propio criterio y conocimiento previo. No obstante, es necesario cumplir con ciertas condiciones básicas como entender que la libertad y los derechos de uno terminan donde comienzan los del otro. En economía, tal situación se denomina como óptimo de Pareto, donde es imposible mejorar la condición de alguien sin empeorar necesariamente la de otro. En otras palabras, el respeto intrínseco en nuestra estructura y ordenamiento social.

La necesidad de incrementar la confianza en las personas, así como la seguridad en las instituciones es un deber básico si queremos seguir por la senda del progreso. La construcción de un capital social es fundamental, porque al igual que el capital físico y humano es un factor que permite crear valor dentro de la sociedad.

No hay que perder de vista que el modelo económico de libre mercado no es un fin en sí mismo, sino que es un medio para alcanzar otros fines, como la felicidad o el bienestar subjetivo, lo que implica que no es lo mismo para todos, ya que una dimensión está puesta en la situación que las personas viven o, más bien en la percepción de sí mismos, pero otra está referida al juicio que tienen de la sociedad en que viven. El modelo de libre mercado falla respecto de los bienes públicos en los que no hay rivalidad en el consumo, además de otros elementos como Defensa Nacional, Justicia, relaciones interpersonales y en aquello en que el mercado fuera incapaz de proveer en general. De ahí la necesidad de un Estado Subsidiario, que proteja y ampare a aquellos que no se benefician del libre mercado y del crecimiento económico.

Por favor no quisiera ser malinterpretada, no estoy diciendo que el crecimiento económico no sea importante, estoy señalando que es una condición necesaria, pero no suficiente ni exclusiva para alcanzar el desarrollo. Si sólo nos concentramos en aumentar el ingreso per cápita como algunos creen y no mejoramos otros indicadores más cualitativos, no llegaremos a ser una sociedad desarrollada y el grado de insatisfacción de nuestros compatriotas seguirá incrementándose, poniendo en entredicho la propia institucionalidad política, económica y social.

Se hace necesario corregir las imperfecciones del mercado, asegurando la igualdad de oportunidades y combatiendo efectivamente las inequidades y las asimetrías de información. Quisiera compartir las palabras de Luis Riveros, quien indica “debe tenerse presente que desarrollo económico no es sólo un mayor ingreso per cápita, sino también calidad de vida, justicia social, con oportunidades para todos, donde el éxito nacional no signifique la miseria para muchos”. Es ahí donde en los últimos 20 años se han privilegiado las ayudas asistenciales por sobre las reformas estructurales. El gasto público aumenta cada año sin producirse mejoras acordes al incremento que se produce, por ejemplo en Educación. Año tras año se logra un récord en recursos asignados, mientras los niveles de calidad son cada vez inferiores, gatillando un mayor descontento social que se traduce en sucesivas manifestaciones y tomas de colegios.

Todos somos conscientes de que hoy tenemos una sociedad disconforme, que no confía en sus instituciones y que como respuesta amenaza nuestra bien valorada paz y orden social. Nuestro deber es combatir este Chile de desencuentros y de divisiones.

Hay algunos que buscan salida a su situación, pero otros que aprovechan el descontento para debilitar la institucionalidad y desacreditar aquellos valores que debemos resguardar. Se tiende a confundir el fenómeno social como uno solo, lo cual hace caer en un error descomunal y no prever las consecuencias que ello puede tener al no ser capaces de diferenciar ambas situaciones y apoyar por igual a quien busca libertad con aquellos que buscan dominación.

Una de las situaciones más llamativas de este tipo de movimiento es que su propuesta es ambigua, así no tiene que dar cuenta de su pensamiento. Sus fundamentos se adecuan a las circunstancias y conveniencias del interlocutor o del entorno particular al que se ven enfrentados. Esto lo podemos expresar en la sensación de que no hay una propuesta coherente, la cual se desdibuja en el constante asambleísmo. La explicación a ello es clara: no saben lo que quieren, sólo saben lo que no quieren y ese es uno de los principales problemas, pero también uno de los mayores desafíos para enfrentarlos.

Tomando elementos de la teoría marxista reinterpretada, identifican a la clase media como su foco principal de penetración. Su argumento es la precarización del empleo, el cual es desempeñado por profesionales o personas con alguna formación, pero que no tienen ninguna seguridad en su quehacer y menos frente al futuro. Ésta sería la “nueva clase luchadora”, la cual está situada en todo los rincones del mundo y, especialmente, en los países desarrollados o que han logrado algún nivel de avance.

Esta problemática hace que una masa de personas, muchas de ellas con formación académica y adultos/jóvenes estén dispuestas a enfrentar y paralizar cada una de las iniciativas necesarias para el desarrollo e intenten por la vía de la manifestación callejera, medios de comunicación, líderes de opinión y el uso de las redes sociales hacer ver sus opiniones como mayoritarias, influenciando a las autoridades y tomadores de decisión, a través del miedo a ser exhibidos como contrarios a esta “supuesta” mayoría social.

Es ante estos fenómenos que debemos incorporar en nuestros análisis y defensa de una sociedad libre el concepto de equidad. Según el premio nobel de economía, Amartya Sen, la libertad no se alcanza si las barreras de la pobreza, la ignorancia y la injusticia social no son superadas. No podemos conformarnos con defender la libertad y el desarrollo y quedarnos impávidos ante una inequidad que nos golpea, dejando que otros se apropien de ella como bandera de lucha y patrimonio, pero que es parte del ADN de aquellos que creemos y valoramos al ser humano su responsabilidad y su capacidad de elegir.

Y cuando me refiero a equidad, no estoy hablando de igualdad. Creo que es la mayor de las tiranías pensar y tratar de hacer que todos seamos iguales. Eso sería consentir en que coarten nuestra capacidad de elegir libremente, sería desconocer las diferencias y diversidades, el derecho de pensar de manera distinta, de discernir. Es cuando las mayorías silencian a las minorías o viceversa cuando la tiranía de la minoría se impone. Propender a rescatar los valores de la libertad no implica pensar que seamos todos iguales, pero sí que exista una sociedad más equitativa, capaz de generar igualdad de oportunidades a sus ciudadanos para alcanzar un mayor desarrollo, que más allá de mejores ingresos, brinde calidad de vida y felicidad.

Debemos ser capaces de incorporar una lectura más amplia del desarrollo, mediante la interdependencia entre calidad de vida y productividad económica, eliminando esa rígida dicotomía entre el bienestar personal y social con la acumulación de capital o crecimiento económico.

Este no es sólo un problema de política, este es un problema de sociedad, de la sociedad que deseamos construir, de los principios que queremos que en ella imperen, de las libertades que defendemos. La política es un instrumento para alcanzar dichos fines, pero si no los tenemos claros o no somos capaces de defenderlos, pienso que tenemos un problema de origen.

Reconocemos una gran desafección, no sólo en la política, sino también en múltiples aspectos. Hay un gran desafío de volver a construir un destino común, un proyecto convocante, inclusivo y aglutinador, que parta por llamar a nuestra gente, a quienes creen en los principios y valores de una sociedad libre y a todos aquellos que estén dispuestos a trabajar por ella, pero también a la generación de símbolos que refuercen el sentido de pertenencia a la nación y a la patria, que estén conscientes de la unión que se requiere para enfrentar un mundo globalizado, donde lo que ocurre en un punto del planeta nos afectará indefectiblemente y de múltiples maneras a todos por igual. Tenemos que HACER UN LLAMADO MUY ESPECIAL A LOS JÓVENES

QUEREMOS INVITARLOS PARA QUE ELLOS SE SUMEN EN FORMA ENTUSIASTA A LA CONSTRUCCIÓN DE UNA SOCIEDAD LIBRE, EN LA CUAL TODOS Y SIN EXCEPCIÓN PUEDAN DESARROLLARSE INTEGRALMENTE, INSPIRADOS EN UN ESPÍRITU SOLIDARIO Y DE BIEN COMÚN.